

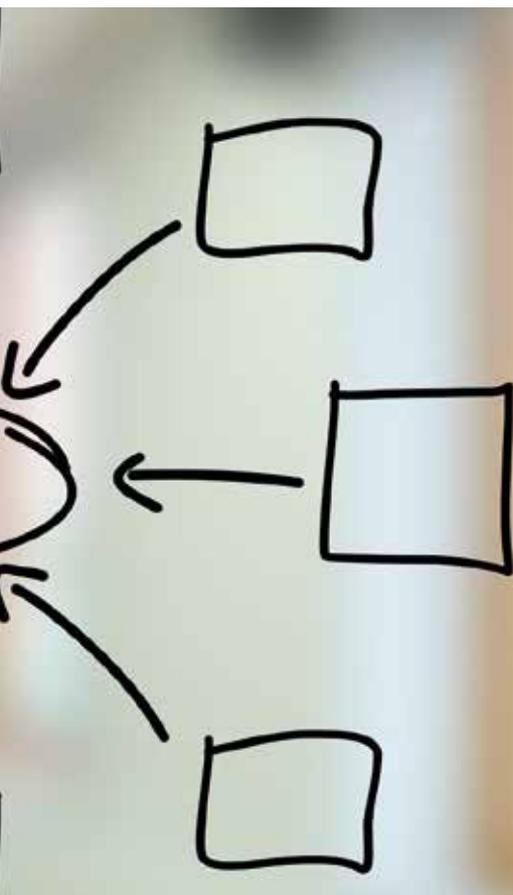
Hace ya años –no tantos como llevo de profesor universitario, pero si algunos– que noto que el alumnado que llega a la Facultad para cursar el grado de Enfermería no es exactamente igual al que llegaba.

Me llama la atención el progresivo aumento del número de hombres frente al de mujeres y también, de manera poderosa, el enorme nivel académico que atesoran quienes consiguen acceder a estudiar Enfermería, pues la nota de acceso es escandalosamente alta, si la comparamos con la de años atrás.

¿Será ese un matiz determinante para que las enfermeras del futuro sean por fin líderes en su ámbito? Yo creo que hay muchos aspectos que influyen en el devenir de nuestra profesión y que no todos dependen de nuestro nivel de formación (que no académico), pero estoy convencido de que, si las enfermeras y enfermeros queremos ser reconocidos por la sociedad como referentes del cuidado de su salud, identificados como una profesión líder, y recibir el protagonismo y trascendencia que año tras año se nos viene negando (o cuando menos reprimiendo, pues estoy convencido de que lo tenemos), todo pasa por que nuestro nivel académico en las facultades, allí donde empieza todo, sea de un nivel y una exigencia enormes.

La profunda reforma de la estructura y organización de las enseñanzas que establece el Marco Europeo de Educación Superior (EEES) ha supuesto un antes y un después para Enfermería. Sin entrar en el matiz de que por fin se nos reconoce un nivel académico equiparable al de otras titulaciones más clásicas (ya no somos «los de diplomatura»), creo que el actual plan de estudios mejora significativamente nuestra capacidad profesional. La inclusión de la formación en investigación o la diversidad de modelos de prácticas formativas son elementos muy trascendentes y, por supuesto, la formación de posgrado y la posibilidad de alcanzar el grado de doctor o doctora en nuestra propia disciplina, sin tener que hacer para ello una carrera diferente, nos garantiza la producción científica propia. Por si fuera poco, sé que las mejoras de los actuales estudios del grado de Enfermería no se quedarán solo en el aspecto formal, sino que trascenderán al ámbito asistencial y hasta social de nuestra profesión. La incorporación de las materias anteriormente citadas o el ya significativo número de tesis doctorales que van publicándose (sin olvidar las especialidades vía EIR) van consolidando un nuevo perfil de enfermeros y enfermeras, mucho mejor preparados para un contexto profesional diverso, los cuales generarán –estoy convencido de ello– un cambio significativo en la imagen social y profesional de la enfermería, ese rol de liderazgo al que me refería al principio.

Las perspectivas para nuestra profesión son muy ilusionantes y grandes organismos internacionales como la OMS, la OPS o la misma UE hablan de las enfermeras como el referente para conseguir un cambio trascendente en la calidad y eficacia de la atención a la salud. Pero hay una serie de desafíos importantes sobre los que deberíamos centrar nuestros esfuerzos: cambios demográficos que implican nuevas demandas e incremento de las existentes (envejecimiento, patología crónica y discapacidad...); nuevos escenarios en la política social derivados de la globalización (cambios sociales, diferencias y desigualdades en la salud de la población, pobreza,



La docencia de las enfermeras y los enfermeros

exclusión, cambio climático...); nuevos problemas de salud pública y enfermedades (reaparición de enfermedades contagiosas graves, desconocidas o sin tratamiento eficaz, identidades transgénero...); implantación y desarrollo de la tecnología sanitaria (necesidad de profesionales altamente cualificados); envejecimiento del propio personal sanitario, escasez de profesionales y aumento de la complejidad de las organizaciones sanitarias (nuevos modelos de financiación, de gestión y de desarrollo profesional). En todos esos escenarios, la necesidad de cuidar se mantiene constante y es un reto ilusionante que debemos encarar con pasión y empeño, pero, sobre todo, con investigación y ciencia.

Como ya se dijo en el I Comité de Expertos en Enfermería (OMS, 1950): en aquellos países donde solo la medicina ha alcanzado un alto grado de desarrollo, y no así la enfermería, el estado de salud de la población no refleja el nivel de progreso logrado por la primera.

De este modo, la necesidad de mantenernos siempre formados al máximo nivel, es decir, de consumir resultados de investigación que generen evidencia científica y aplicarlos a nuestro trabajo diario se convierte, más que en una labor imprescindible, en una razón de ser. Somos una profesión científica que, curiosamente, se ve obligada a demostrar su valía casi a diario. Asumamos, pues, el reto y dejemos bien claro que estamos capacitados para ser líderes, y que, como personas que estamos al cuidado de otras personas, podemos y debemos ser una fuerza para el cambio. Para ello, debemos empezar por revisarnos nosotros mismos, pues la conciencia individual de la profesión determinará la imagen que proyectemos sobre la ciudadanía. Debemos reivindicar nuestro protagonismo clínico, debemos liderar los procesos de salud comunitaria y debemos participar con mayor protagonismo en los núcleos de toma de decisiones. No obstante, el salto cualitativo de enfermería llegará si somos capaces de reforzar el papel independiente de la profesión y de transformar la visión que la sociedad tiene de las enfermeras.

Todos estos cambios, sin duda, deben gestarse en las facultades de Enfermería y el profesorado es el responsable indiscutible de ellos. Que las enfermeras y los enfermeros seamos al fin referentes mundiales del cambio hacia un mejor modelo de atención a la salud pasa por una formación de calidad y comprometida.

Y este es, sin duda, un reto apasionante.

DR. JULIO FERNÁNDEZ GARRIDO
Presidente de la Conferencia Nacional de Decanas y Decanos de Enfermería (CNDE)